

frecuentemente á Manfredonia, á Ancona y hasta á Venecia en los intervalos de paz.

Hacian un gran comercio con Marsella, Aguas-Muertas y San Egidio; Mompeller primeramente y después Nimes fueron el centro de sus operaciones en el Languedoc. En la Francia occidental les proporcionó grandes ventajas la Rochela; Mallorca les dió una bolsa ó lonja nacional. En España los Berengueles, condes de Cataluña, partieron con ellos la ciudad de Tortosa; los reyes de Castilla, la de Almería, y cuando hubieron perdido ó enajenado ambas, convenios honrosos con los reinos cristianos de España y con los moros, les abrieron en esta rica península los puertos marítimos y los mercados del interior. En los Países Bajos, Brujas y después Amberes recibieron honoríficamente á sus compañías de negociantes, que no sólo acumulaban mercancías en aquellos grandes depósitos del comercio europeo, sino que las despachaban además á Dinamarca, á Alemania, á Suecia, á Rusia y á Inglaterra. Los barcos de estas compañías remontaban el curso del Rhin cargados con productos del Oriente.

Los reyes más felices y belicosos de Inglaterra, Eduardo III y Enrique V, les miraron con particular benevolencia, unas veces confiándoles funciones eminentes, otras poniéndoles á cubierto de los insultos de los corsarios, otras volviendo á andar afanosamente estos vínculos de amistad antigua, que habian aflojado momentáneamente el choque con las facciones y las guerras con la Francia. En Africa las hostilidades de los mahometanos contra la república genovesa tornaban á empezar con tanta frecuencia, como las dinastías á las tribus dominantes eran reemplazadas por otras; pero una vez pasado el primer empuje, llamaban á porfía á los navegantes genoveses y les aseguraban privilegios. Egipto era frecuentado más comunmente por los venecianos: sin embargo, no dejaban de presentarse los genoveses en los mercados de Alejandria, de Roseta y de Damietta, y hasta de establecerse en el Gran Cairo y de concluir ventajosos tratados con los soldanes.

El centro principal de su comercio estaba en Levante, es decir, en los países de Asia y de Europa, sometidos á príncipes griegos, búlgaros, tártaros y turcos. La colonia genovesa de Pera vigilaba por medio de sus magistrados las comarcas más cercanas y la de Caffa las más distantes. De la primera dependian la Marca de los Zacarias, la Fócide de los Gattilusi, la Acaya de los Centeri: la Canea en la isla de Candia, muchas islas y puertos en el Archipiélago, como Famagusta, Limisso y otros lugares en la isla de Chipre: Casandria, Ainos, Salónica, Cavalla en la Macedonia: Sofía, Nicópolis y otras ciudades en la Bulgaria: Suciava en Moldavia; Esmirna, la antigua y la nueva Foquia en el Asia Menor: Altoluogo y Setalia entre los turcos; Kars, Sis, Tarso, Layacio, en las dos Armenias: por último, Heraclea, Sinope, Castrice y Ackerman en el mar Negro. La autoridad de

Caffa se extendia á las posesiones hechas en Gazaria, á Taman en la península de este nombre, á Copa en Circasia, á Totatis en Mingrelia, á Kubatscha en el Daguestan, al castillo situado cerca de Trebizonda, á los almacenes de los residentes en Sebastópolis, al gran mercado de Tana, y á todas las caravanas que se dirigian tanto hácia el Norte como hácia el centro del Asia. El consulado de Tauris en Persia, independiente tal vez de los demás, debía animar y dirigir el comercio del Asia meridional; debía sobre todo impedir á los mercaderes genoveses formar sociedades con los mercaderes extranjeros (18).

En resumen, Génova poseia las tres grandes vías del comercio del Asia Central y de la India: la primera desembocando en el mar Negro, por el Caspio y el Volga; la segunda en Pogolato y en Layaccio, por el golfo Pérsico, Alepo, y la Armenia; la tercera en Alejandria por el mar Rojo y el Egipto. Cambiaba las sederías de la China, las especias, la madera de tintes, el algodón, las pederías de la India, los perfumes de la Arabia, los tejidos de Damasco, los paños de Tarso, el azúcar, el cobre, los tintes de Levante, el oro y las plumas del Africa interior, la peletería, el cáñamo, el alquitran, las maderas de construcción de la Europa Septentrional; los granos de Tunez, de Sicilia y de Lombardia, con los aceites, los vinos y frutas secas de ambas riberas, las armas de lujo, los corales trabajados en Génova, las telas de Champaña, la lana, el plomo y el estaño de Inglaterra, en una palabra, por todos los productos de la Europa. Sacaban también una considerable renta de la sal del mar Negro, el alumbre de Focea, la almáciga de Clío, que cada año les producía 120,000 escudos de oro, que equivalían á 6.000,000 del día. Desgraciadamente siempre agitada Génova, acabó por sucumbir á la calculada obstinación de la aristocracia veneciana.

Venecia.—En Venecia se redujo la libertad cada vez más á un vano nombre. La señoría y el gran consejo tenían la apariencia del poder, al paso que la autoridad violenta é irracional de los Diez, sofocaba las pasiones individuales y juntamente las facciones, abatiendo al que se alzaba más que los otros. Sólo un pequeño número de familias, inscritas en el libro de oro, participaban de la soberanía; los demás habitantes de la laguna se persuadian no obstante de que les tocaba alguna porción de ella, en atención á que eran llamados señores; de aquí aquel respeto á la patria á sus jefes, que hacían considerar como idéntica á la ley la voluntad individual, y soportar todos los sacrificios en interés del Estado. Los súbditos de tierra firme habían estipulado en su favor ciertas prerrogativas, cuando se habían entregado á la república. En su consecuencia, conservaban el nombramiento para los empleos municipales; pero

(18) SERRA, *Historia de la antigua Liguria*.

no tenían la pretension de tomar la menor parte en el ejercicio de la soberanía. Con respecto á los súbditos de ultramar, eran tratados como poblaciones conquistadas, despreciadas, inmoladas al monopolio de la capital, rodeadas de fortificaciones tanto como era preciso para mantenerlas en respeto, pero no para preservarlas del enemigo. No se les dejaban siquiera los empleos municipales; se les enviaban dos senadores, uno como podestá, y otro como capitán del pueblo. Era un medio de ocupar á los nobles é indemnizarlos con empleos en el exterior, de la opresión que aumentaba en lo interior. Estas colonias alteraron la constitución, introduciendo en Venecia otra nobleza; que en verdad no era extraña al gobierno, pero menos dependiente, y que hubiera podido emanciparse sin la vigilancia tiránica de los inquisidores de Estado. Ocupándose sobre todo en poner límites á la riqueza, origen del poder, excluía á los ciudadanos del mando de los ejércitos, que primero fué confiado, en tiempo de la guerra de Pádua, á Pedro de Rossi, antiguo señor de Parma, y que después no lo fué sino á generales mercenarios, rigurosamente vigilados por dos patricios. La antigua nobleza, que se había asegurado la dominación del país, trataba cada vez más con altivez la clase media y la nobleza inferior. Excluida la nobleza del poder, trató de unirse á la clase media para adquirir privilegios; y en tal sentido se verificó la conjuración de Bayamonte Tiepolo, que no tuvo otro resultado que derramar sangre y afirmar la inquisición tiránica de los Diez (19).

Marino Faliero.—Intentóse otro esfuerzo por Marino Faliero (1355). Casado á la edad de setenta y seis años con una mujer muy hermosa, se creyó ultrajado por Miguel Esteno, uno de los tres jefes de los Cuarenta, y no pudiendo obtener satisfacción de ello, urdió una trama con Bertuccio Israeli y Felipe Calendaro, ambos plebeyos y muy estimados del pueblo, de quien referían sus miserias, inspirándole el deseo de derrocar á la aristocracia. Denunciado á los Diez, Faliero fué decapitado en el paraje en que los duces pronunciaban su juramento; perecieron sus cómplices en el cadalso, y las cadenas del pueblo se vieron más remachadas.

Así las cosas, comenzó Venecia á mezclarse más en los negocios de Italia, no como potencia extranjera, sino como potencia italiana. Adquirió durante la guerra que sostuvo contra los Escaligeros, la libre navegación del Pó con la posesión de Treviso, y trató de aumentar sus dominios en tierra firme. Sus posesiones marítimas disminuían, por el contrario, tanto por los progresos que hacían los turcos como por sus hostilidades con Génova que duraron hasta 1355. Las batallas eran más desastrosas para los genoveses, en atención á que no empleaban tropas mercenarias, sino sólo

(19) Véase el libro XII.
HIST. UNIV.

ciudadanos; ahora bien, perecieron dos mil en la jornada de Lopera, y tres mil prisioneros murieron en los calabozos (20). Fueron los primeros que armaron de lombardas los barcos. Impacientes también los dálmatas y los croatas de la dominación extranjera, apelaron á Luis el Grande de Hungría, quien arrojándose sobre las posesiones venecianas, hizo sufrir prolijos males á la Italia, obligó á los duces á renunciar al título de duques de Dalmacia y de Croacia, y á mucha parte del Imperio griego.

Los venecianos y genoveses se habían hecho ceder por los emperadores de Oriente la isla de Tenedos: la ocupación de este punto dió nacimiento á la guerra de Chipre, que fomentaron las ligas de los Estados de tierra firme y especialmente el odio de Francisco Carrara, á quien la señoría veneciana había despojado de Pádua, donde ejercía dominio. Durante las guerras que la república sostenía en tierra, condujo por mar el león de San Marcos á la victoria Victor Pisani; pero embarazado por las rivalidades de los gobernantes, fué derrotado en Pola y encarcelado á su regreso.

Pensó Génova descargar un golpe decisivo que redujese á su rival al recinto de sus lagunas. De consiguiente, habiendo equipado una escuadra mayor que de costumbre, y embarcando en ella á sus mejores marinos, dió el mando á Ambrosio Doria, el cual se estableció en Chioggia, y fijó su cuartel general en Malamocco, tan cerca de Venecia, que el gobierno de esta ciudad prohibió tocar la campana de San Marcos para convocar á los ciudadanos por temor de que el enemigo oyera la señal. Carrara se regocijaba al imaginar la humillación de aquellos arrogantes patricios, y Doria despedía á sus embajadores, diciendo: *No prestaré oídos á ninguna proposición hasta que haya puesto freno á los caballos de San Marcos*; y respondía á proposiciones de rescate respecto de algunos prisioneros genoveses: *Dentro de pocos días los rescataré sin dinero*.

Reducido el pueblo á la desesperación, pide entonces á su antiguo general, quien oyendo gritar desde el fondo de su calabozo: *¡Viva Victor Pisani!* se asoma á la reja y dice: *¡Amigos míos, no deis otro grito que el de viva San Marcos!* Llevado en brazos del pueblo, y después de jurar en el altar que olvidaría la persecución de sus rivales, invita á todos á contribuir á la salvación de la patria. Equipan los nobles treinta y cuatro galeras á su costa; se promete inscribir en el libro de oro á los treinta plebeyos que hagan mayores sacrificios pecuniarios; fortifícase Venecia con ayuda de estas ofrendas generosas, y no sólo es salvada por Victor Pisani, sino que también pone á los genoveses en derrota, los estrecha en Chioggia y les obliga á rendirse á discreción.

Sin embargo, la paz de Turin celebrada bajo

(20) M. SABELLICO, *Dec. XI*, lib. 47.

los auspicios de Amadeo de Saboya, privó á los venecianos de sus posesiones de tierra firme, además de las enormes riquezas que invirtieron en esta guerra, lo cual permitió á Génova empuñar el cetro de los mares; pero también ella se encontraba exhausta de dinero y escasa de naves: se hallaba arruinado su comercio y se agitaban en su seno las facciones. En cuatro años, desde 1390 hasta 1394, cambió diez veces de jefe á consecuencia de diez revoluciones; desde entonces no cesó de pasar alternativamente de las discordias intestinas á la servidumbre extranjera, perdiendo en medio de estos continuos vaivenes la colonia de Pera en Constantinopla, y toda su importancia en Italia. Su única proeza es la expedición contra los berberiscos para poner término á sus piraterías; expedición mandada por el duque de Borbon, tío del rey Carlos VI, y en la que tomaron parte muchos señores franceses. Trescientos galeones y más de cien buques de transporte abordaron á la costa de Africa; pero los berberiscos los hostigaron sin querer llegar nunca á trabar el combate, y la escuadra tuvo que volverse sin haber obtenido ningún resultado ventajoso.

Mientras Génova malbarataba su independencia, Venecia, por el contrario, se mostraba muy celosa por la suya. Después de haber recuperado muy en breve sus posesiones de la Dalmacia, se extendió por Hungría y Grecia; obtuvo á Corfú voluntariamente, conquistó á Nápoles de Romaña, á Argos, á Durazzo, antigua posesión de los Angevinos, y recuperó á Treviso. Leopoldo de Austria, á quien lo había cedido, se lo vendió á Francisco Carrara. Bajo Miguel Esteno se apoderó después de Vicenza, de Verona, y por último de Pádua, lo cual le aseguró un poder predominante en Italia, poder adquirido con mala fe, conservado con perfidia y desconfianza. Añadió además á su territorio Bellune y Udine, quitadas á sus perpétuos enemigos los patriarcas de Aquilea.

Este fué el instante del mayor esplendor de Venecia. El tiempo había consolidado el poder de la nobleza, que dedicándose completamente á la política, adquirió en ella tanta aptitud como sus feudatarios en el ejercicio de las armas, y supo atraerse la opinión, de modo que cesó toda lucha entre ella y la autoridad. Para indemnizarse tuvo la clase media el comercio que explotaba desde la India hasta los Países Bajos. Contenia la metrópoli ciento noventa mil habitantes: las casas eran estimadas en 7.000.000 de ducados ó 30.000.000 de pesetas, y los alquileres en 50.000 ducados. La casa de moneda acuñaba anualmente 1.000.000 de ducados de oro, 200.000 monedas de plata, y 800.000 sueldos, lo cual ponía cada año en circulación diez y ocho millones efectivos de pesetas. Una deuda de 40.000.000 de ducados de oro fué estinguida en menos de diez años, además de 70.000 ducados prestados al marqués de Ferrara. Más de mil patricios gozaban de una renta de 4.000 á 70.000 ducados, y sin embargo, no se necesitaba más que

una renta de 3.000 ducados para tener un magnífico palacio (21). A fines del siglo XIII ocupaban los venecianos en trescientos buques mercantes de doscientas toneladas y en trescientos barcos de alto bordo, á veinte y cinco mil marineros; á otros once mil en cuarenta y cinco galeras, siempre completamente armadas. A fines del siglo siguiente se había aumentado el número de marineros hasta treinta y ocho mil, y á tres mil trescientos cuarenta y cinco los barcos. En el arsenal había empleados mil operarios (22).

Estos buques esportaban cada año por valor de 10.000.000 de mercancías, que producían dos quintas partes de beneficio. Sólo á Lombardia se enviaba por valor de 2.799.000 ducados, 50.000 de ellos para los esclavos, y esto sin contar la sal. Venecia ganaba también anualmente 600.000 ducados en el país de los lombardos, 400.000 de los florentinos, y sin embargo, entonces acababa de salir de guerras que la habían privado de posesiones importantes, y amenazado hasta en el corazón de sus lagunas. Más tarde, á pesar de las dos guerras contra los turcos y el duque de Ferrara, era tan próspero el estado de sus rentas, que en 1490 el tesoro recaudaba 1.200.000 ducados (5.200.000 pesetas), es decir, doble que el Estado milanés, la cuarta parte de lo que recaudaba el reino de Francia, muy engrandecido por Luis XI, y no obstante eran ligeras las contribuciones que pagaban sus súbditos. Se habían hecho tan necesarios los venecianos á los italianos, que el pueblo con quien interrumpían sus relaciones, quedaba reducido á la pobreza: esto sucedió á los napolitanos, cuyo rey Roberto se vió precisado á hacer la paz, porque no le pagaban sus súbditos, diciendo que no tenían dinero desde que los venecianos no se presentaban en sus puertos.

Además del litoral del Adriático desde las bocas del Po, la señoría tenía á su obediencia en tierra firme las provincias de Bérgamo, Brescia, Verona, Crema, Vicenza, Pádua, la Marca de Treviso, con Feltro, Bellune y Cadore, la Polesina de Rovigo y Rávena; poseía la soberanía del condado de Goritz, del Friul, escepto Aquilea, y de la Istria menos Trieste; tenía además en la costa oriental del Adriático á Zara, que el rey Ladislao le había vendido en 100.000 florines, á Espalatro y las islas situadas enfrente de la Dalmacia y la Albania; Veglia arrebatada á los Frangipani, Zante á un catalán; Corfú que se había entregado espontáneamente; Lepanto y Patras en Grecia. En la Morea, Modon, Coron, Nápoles de Romaña, Argos, le habían sido cedidas por sus poseedores, in-

(21) Un edificio comprado por la señoría para regalárselo á Luis de Gonzaga, señor de Mantua, costó seis mil quinientos ducados; tres mil otro dado al vaivode de Albania. Véanse las pruebas en Daru, lib. XIII, y además la nota B al fin del presente Libro.

(22) *Rev. It. Script.* XXII, 959.

capaces de defenderlas contra los turcos. Tenía también varios islotes en el Archipiélago, posesiones en el litoral, y en fin, Candia y Chipre.

Desde Astracan hasta el interior del Africa tenían los venecianos por todas partes factorías desde donde distribuían sus mercaderías por toda Europa, aunque las comunicaciones se habían hecho muy difíciles por el fraccionamiento de los Estados y las violencias de los barones; pero para disminuir los obstáculos, los traficantes conducían en su comitiva charlatanes, músicos y animales raros. Había además colonias y puntos de escala en el mar Negro, en la Prepóntide, en los Dardanelos, sin contar á Andrinópolis, y una buena parte del Peloponeso; algunos pequeños territorios en las costas de Siria, con gran parte de las islas y de los puertos, desde la Morea hasta el fondo del Adriático. En fin, ciudadanos venecianos habían sido investidos, á título de feudos de la república, con las islas de Lemnos, Escópulo y casi todas las Cíclades.

Hasta la marina del Estado se ocupaba en el comercio, porque además de los tres mil barcos armados por particulares, el gobierno mandaba á los puertos principales, escuadras de galeras del tráfico para el servicio de los ciudadanos, teniendo dispuestas á obrar en caso de guerra y haciendo respetar al león de San Marcos, aun durante la paz. De estas escuadras, la del mar Negro se dividía en tres: una costeaba el Peloponeso para trasladar á Constantinopla las mercaderías cargadas en Venecia ó en Grecia; la segunda se dirigía sobre Sinope y Trebisonda al Ponto Euxino, de donde sacaban los productos del Asia que se transportaban por Faso; la tercera haciendo rumbo hacia el Norte, entraba en el mar de Azof, y cargaba en los puertos de Caffa, en la embocadura del Tanaís, los pescados y géneros que los rusos y tártaros llevaban por el mar Caspio, el Volga y el Tanaís.

Una segunda escuadra costeaba la Siria, haciendo escala en Alejandria, en Beyruth, en Famagusta y en Candia, que producía mucho azúcar, y en la Morea. Otra tercera proveía á Egipto con las mercancías del mar Negro, sobre todo de esclavos de Circasia y Georgia, que los venecianos cambiaban por los efectos del mar Rojo y de la Etiopía. Una cuarta destinada para Flandes se componía de bajeles de doscientos remeros por lo menos; después de arribar á Manfredonia, Brindis y Otranto y cargar en Sicilia de azúcar y otras producciones de la isla, visitaba los puertos africanos de Trípoli, Tunez, Argel, Oran y Tanger, haciendo cambios con los naturales, de quienes recibía trigo, frutas secas, sal, marfil, esclavos y oro en polvo; pasando después el estrecho de Gibraltar, proporcionaba á Marruecos hierro, armas, paños y utensilios domésticos; costeaba luego el Portugal, la España y la Francia, tocaba en Brujas y en Ambrès, después en Lóndres, donde los venecianos compraban paños teñidos, lanas finas, y hacían

cambios con los bajeles de las ciudades anseáticas. En retribución de las drogas, aromas, vino, sedas, lanas, algodones hilados, pasas y frutas secas, aceites, borra, cinabrio, minio, alcanfor, cremor tártaro, azúcar, espejos, cristalería, tejidos de lana, seda y oro, tomaban hierro, estaño, plomo, maderas, resinas, peleterías; después á la vuelta hacían varias escalas en Francia, Lisboa, Cádiz; compraban en Alicante y Barcelona seda cruda, y de costa en costa volvían á su patria un año después de su marcha.

El gobierno, que no sacaba ningún provecho de aquellas expediciones, escepto el módico flete de los barcos, mandaba todos los años en redondo, veinte ó treinta galeras de cabida de mil ó dos mil toneladas, y de valor cada una de 100.000 zequies (1.700.000 pesetas) sin contar los buques de los particulares, que navegaban en las aguas no reservadas á las flotas del Estado.

Tenía cuidado Venecia en asegurarse ventajas y facilidades en los países en que no dominaba; mantenía cónsules y bailios en el extranjero, con el objeto de que se respetase el Estado, y que los ciudadanos encontrasen á la vez protección y pronta justicia. El cónsul de Constantinopla, que era al mismo tiempo embajador de la república, juez de los venecianos é inspector del comercio, llevaba el calzado escarlata, á la manera de los emperadores, salía con guardias y ejercía sobre la colonia entera jurisdicción. Aun cuando fué tomada esta capital por los turcos, se encargó también de proteger á otras naciones, principalmente los armenios y judíos. A veces los reyes se dirigían á estos hábiles mercaderes para obtener consejos, ó para encargarlos de negociaciones difíciles.

Introdujéronse los venecianos hasta entre los armenios, que habían conservado alguna independencia en la estremidad del Asia Menor, donde vivían del comercio, y sobre todo con la fabricación de camelotes con pelo de las cabras de Patagonia y Angola. No sólo esportaron estos tejidos, sino que los fabricaron por su propia cuenta, ó adquirieron la primera materia. Se encargaron además de acuñar la moneda del país.

Todos los conatos debían, pues, dirigirse á conservar á la república las ventajas de que gozaba. Por esta razón es por la que los venecianos habían convertido el Adriático en un mar suyo, no dejando bajar ningún buque de los ríos de Italia, de Dalmacia ó de Istria, sin visitarla, é impidiendo que otros dividiesen con ellos el comercio de Oriente. De aquí sus rivalidades con las demás repúblicas italianas; así es, que cuando Pedro Pascualigo, embajador de Lisboa, anunció que los portugueses habían encontrado un nuevo camino para las Indias, y ofrecido las drogas á mejor precio que los venecianos, este acontecimiento fué considerado como un desastre público. En su consecuencia los venecianos hicieron entender al soldan de Egipto que su país y su religión estaban en peligro, y le ofrecieron armas y brazos para ester-